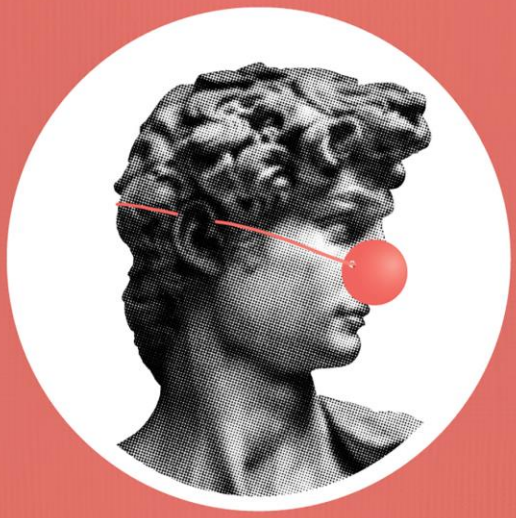
Rubén D. Caviedes



HISTORIONES DE LA HISTORIA

geoPlaneta

A la venta el 26 de marzo de 2025



HISTORIONES
DE LA HISTORIA

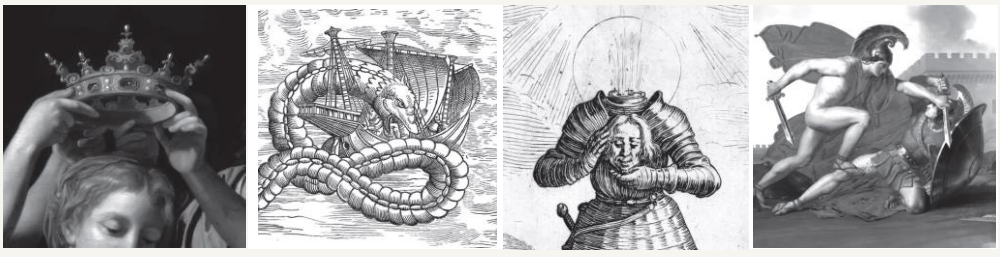
RUBÉN DÍAZ CAVIEDES

Una colección de anécdotas y episodios sorprendentes del pasado que revelan el lado más insólito y fascinante de la Historia.

Una mujer duerme la siesta plácidamente, ajena al meteorito que está a punto de caerle encima. Un rey organiza una cena de gala para sus enemigos, a los que poco después exhibirá disecados. Un soldado cegato salva la torre de Pisa de ser bombardeada. Una bala alcanza su objetivo veinte años después de dispararse.

Plagas de risa, estatuas que cantan, máquinas antiguas que predicen el curso de la economía y guisos que tardan cien años en cocinarse. Parecen las ocurrencias de un escritor disparatado, pero son anécdotas reales, con protagonistas de carne y hueso, documentadas en crónicas y manuscritos de todos los lugares y épocas.

La historia está llena de historiones.



«En la antigüedad ya se leían libros como este. El género de las curiosidades y los acontecimientos inauditos llegó a ser tan popular entre los griegos que tenía nombre y todo: paradoxografía. Los romanos también escribieron largo y tendido sobre admiranda, como llamaban a las rarezas y maravillas, y más tarde se siguió haciendo en los libros de mirabilia medievales, la literatura zhiguai china y la tradición árabe deʿajāʾib wa-gharāʾib, hasta llegar a nuestro tiempo. Este pequeño anecdotario histórico se parece a todos aquellos libros, o pretende hacerlo. Con algo de suerte, servirá para entretener y divertir al lector, sin más, y para animarlo a sumergirse en las fuentes originales, los grandes volúmenes de divulgación y los títulos académicos, que es donde se escribe la Historia con mayúscula». Rubén D. Caviedes





EL EMPERADOR TRANS

Ascendió al trono en el año 218, con tan solo catorce años. Su nombre era Vario Avito Basiano, pero se hacía llamar Heliogábalo en honor a El-Gabal, un dios de su Siria natal. No fue el mejor emperador de Roma, para qué nos vamos a engañar, pero tampoco el caricato que pintaban sus adversarios. Decían que sacrificaba niños, que soltaba panteras por su palacio, que arrojaba manojos de serpientes contra el pueblo y que ahogaba a sus invitados en aluviones de pétalos de rosa. Y muchos daban credibilidad, o querían dársela, a estos desmanes. Al final de su corto reinado, el soberano se había puesto en contra a todo el mundo: el pueblo, el Senado, el Ejército y hasta su propia familia, la dinastía de los Severos.

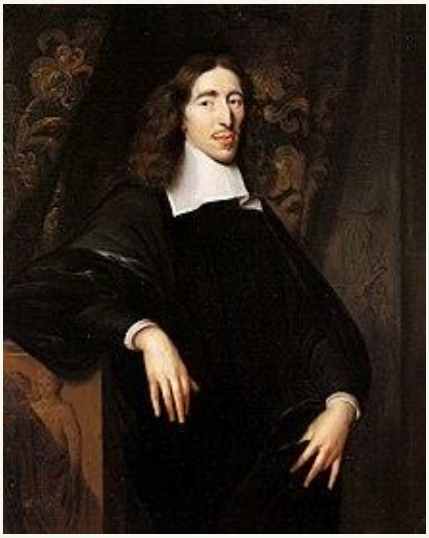


Parte de la culpa la tenían sus dos maridos. Uno se llamaba Hierocles. Era un esclavo cario que se había hecho famoso en las carreras de carros del circo no por su talento como auriga, sino por su atractivo físico. El otro, un griego llamado Aurelio Zótico, no tenía un currículum mucho mejor. Dion Casio cuenta en su Historia romana que el emperador lo eligió porque «poseía un cuerpo de gran belleza, ya que era un atleta, y superaba a todos los demás en el tamaño de sus partes pudendas». Que un emperador se acostara con otros hombres no era motivo de escándalo en la antigua Roma. Antes que

Heliogábalo, lo habían hecho Tiberio, Calígula, Galba, Trajano y Adriano, por citar solo a los más conocidos. Nerón incluso llegó a casarse con muchachos en dos ocasiones. Pero el caso de Heliogábalo era distinto. Él no era el miembro mayor de la pareja, con un aspecto varonil y una actitud más dominante. Él era el erómeno, el joven, a quien se atribuía un papel más sumiso y femenino. Y Heliogábalo, crimen imperdonable, parecía decidido a desempeñarlo de forma literal.

Herodiano, otro historiador, cuenta que hablaba de sí mismo en género femenino y se vestía, depilaba y maquillaba «con más exageración que la permitida a una mujer decente». Elio Lampridio comenta que se rodeaba de personas como él, «amigos impúdicos, viejos libertinos y pretendidos filósofos que, cubriéndose la cabeza con una red», como hacían las mujeres de la época, «se jactaban de cometer infamias y de tener marido». Según Dion Casio, finalmente «pidió a los médicos que modelaran una vagina de mujer en su cuerpo mediante una incisión, prometiéndoles grandes sumas de dinero». Heliogábalo fue la primera persona del mundo, que se sepa, en intentar cambiar de sexo quirúrgicamente. Si pretendía hacerlo también de forma pública, declarándose mujer oficialmente, eso nunca lo sabremos. Apareció ahogado en las letrinas de su palacio el 11 de marzo del 222, tras solo cuatro años de reinado. Lo asesinó la guardia pretoriana a instancias de Julia Mesa, su propia abuela. Más tarde, el Senado le impuso la pena de *damnatio memoriae*, el olvido por decreto, para hacerlo desaparecer de la historia. Por suerte, no lo consiguió.

PRIMER MINISTRO A LA BRASA



Muchos políticos han acabado mal, algunos han acabado peor y luego está el caso de Johan de Witt, que fue asesinado, descuartizado y parcialmente devorado en La Haya el 20 de agosto de 1672. Esto es un aviso para los lectores con el estómago sensible: si se quieren saltar esta historia, nadie los culpará.

De Witt era el gran pensionario de las Provincias Unidas, en los actuales Países Bajos. Salvando las distancias, su cargo podría compararse con el de un primer ministro de nuestro tiempo. Unos meses antes de su asesinato, Francia e Inglaterra habían declarado la guerra a la joven federación, lo que hizo que entre los neerlandeses cundieran el temor y el descontento. Aunque sabía que muchos lo culpaban a él por las privaciones que estaban sufriendo, lo que más preocupaba a De Witt era que Guillermo de Orange-Nassau y sus partidarios aprovecharan la crisis para convertir las Provincias Unidas en una monarquía, y no iba desencaminado.

Los Orange-Nassau no eran reyes todavía, pero ostentaban una poderosa magistratura especial, el estatuderato, que lograron convertir en hereditaria unas cuantas décadas después de todo aquello. Y en menos de siglo y medio se acabaron coronando, ya sí, como reyes de los Países Bajos, puesto que conservan todavía. El caso es que De Witt había emitido varios decretos para recortar el poder de Guillermo, pero no fue capaz de anticipar la furia que aquello desataría entre algunos de sus partidarios.

Los orangistas capturaron a Johan de Witt en la entrada de la prisión central de La Haya, donde tenían retenido a su hermano. Acudió porque lo iban a liberar, o eso le habían dicho. Después de obligarle a contemplar el cadáver vapuleado del hermano, los sublevados lo lincharon también a él y lo remataron de un disparo. Luego los cuerpos de ambos fueron colgados boca abajo, eviscerados y parcialmente devorados. Según Alejandro Dumas, que relata la macabra escena en *El tulipán negro*, los agresores «cortaron en pedazos la carne muerta, yéndose luego por las calles a vender los trozos de Johan y Cornelis a diez sueldos cada uno». Algunos testimonios más fiables, en cambio, hablan de un canibalismo más comedido, si tal cosa es posible, y dicen que solo se cocinaron y sirvieron sus hígados, reservando los corazones y otras vísceras como trofeo. Lo único que quedó de ellos fue una lengua y un dedo, que todavía se conservan en el Haags Historisch Museum.

Guillermo se convirtió en estatúder poco después del magnicidio, pero De Witt tenía razón: el príncipe Orange-Nassau no iba a parar hasta ceñirse una corona de verdad. Eso lo consiguió unos años después, tras forzar la abdicación del rey Jacobo II de Inglaterra (que era su tío y su suegro) y usurpar el trono a su heredero legítimo. Todavía no se ha podido demostrar que Guillermo III de Inglaterra, como se lo conoce desde entonces, estuviera involucrado en el salvaje asesinato de Johan de Witt y su hermano. Todavía.

UNA PRINCESA EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN



Era una de las prisioneras más intrigantes del campo de concentración de Buchenwald, en la región alemana de Turingia. Se hacía llamar Frau von Weber, un nombre de lo más corriente, pero vivía en el barracón número 15, reservado para prisioneros ilustres, donde las condiciones eran algo mejores, o menos malas, que en los demás. Iba acompañada a todas horas por otra prisionera que llevaba un brazalete con un triángulo púrpura, el distintivo de los testigos de Jehová. A esa clase de internados se les hacía trabajar constantemente, pero la tarea de aquella parecía ser solo esa: acompañar a la misteriosa Frau von Weber. Casi casi como si fuese su criada, aunque era imposible que lo fuera. ¿Qué clase de prisionera tendría su propia sirvienta dentro de un campo de concentración?

El comandante de Buchenwald conocía la respuesta. Era él quien le había asignado a la otra prisionera, de nombre Maria Ruhnau, como asistenta. Algunos de sus ilustres compañeros de barracón también conocían su verdadera identidad.

Y, con el tiempo, alguien la reconoció y la voz se corrió entre los prisioneros italianos del campo. Era una princesa. Se llamaba Mafalda María Isabel Ana Romana de Saboya. Su padre era el rey de Italia, Víctor Manuel III. Y su marido, el príncipe alemán Felipe de Hesse-Kassel, miembro del partido nazi, exgobernador de la provincia de Hesse-Nassau y antiguo colaborador directo de Hitler.

Aquello explicaba la presencia de Mafalda en Buchenwald. Los Saboya habían tenido mucho que ver con la reciente caída del fascismo en Italia. El rey Víctor Manuel había orquestado personalmente el arresto de Mussolini y acababa de firmar la adhesión de Italia al bando de los Aliados. Y el Führer, a raíz de aquello, había perdido la confianza en el yerno del monarca, por más que fuera alemán y militara en el partido nazi desde antes de la fundación del Tercer Reich. Tanto que había ordenado meterlos a él y a su mujer en campos de concentración. Mafalda llevaba en aquel desde septiembre de 1943. Felipe estaba en el de Flossenbürg, Baviera. Ninguno de los dos sabía que el otro seguía con vida.

Él sobrevivió, pero luego fue procesado por haber pertenecido a la jerarquía nazi y no recuperó la libertad hasta 1947. Ella murió en Buchenwald el 28 de agosto de 1944, a los cuarenta y un años. A las doce en punto del mediodía, después de lanzar panfletos con advertencias, las fuerzas aliadas bombardearon una sección del campo de concentración donde se levantaba una fábrica de armamento. El barracón 15, el de los prisioneros ilustres, estaba separado de los demás, pero cerca de aquella fábrica. La princesa italiana fue encontrada horas después bajo los escombros y murió a consecuencia de las heridas.

LA VIRREINA Y LOS CONSPIRANOICOS

Cuando Oliver Cromwell enfermó de malaria, se negó a recibir tratamiento. El único remedio eficaz contra la enfermedad era la corteza molida de un árbol que crecía en los Andes, pero muchos protestantes rechazaban tomarla. Aquello era un truco de los católicos, decían, para envenenar a los ya enfermos y que su muerte pareciera natural. Algunos incluso pensaban que la llamada «corteza de jesuita» tenía el efecto de doblegar la voluntad y ponerla al servicio del papa.

A fin de cuentas, la descubridora de aquellos polvos había sido la mismísima virreina del Perú, una católica fervorosa que aseguraba haberse curado después de tomarlos mezclados con agua. En realidad, pensaban ellos, se había conchabado con los jesuitas para producir aquel novedoso veneno en América y distribuirlo entre los enfermos luteranos, calvinistas y puritanos de Europa, como el propio Cromwell. El dictador inglés, o lord protector, como él prefería que le llamaran, no se había embarcado en una interminable guerra contra el Imperio español para dejarse embaucar ahora de una forma tan tonta. Murió poco después, en septiembre de 1658. De malaria, lógicamente.

Los conspiranoicos se equivocaban, pero lo que contaban los católicos tampoco era completamente cierto. La esposa del virrey del Perú, Francisca Enríquez de Ribera, condesa de Chinchón, no fue quien descubrió las propiedades antimaláricas del árbol de la quina. Aunque la enfermedad había llegado a América con los conquistadores españoles, los incas y otros pueblos precolombinos llevaban siglos tomando la moledura de aquella corteza por su efecto analgésico y antipirético. La virreina, eso sí, fue la primera europea de renombre en recurrir a ella para curarse de la «terciana», como entonces se llamaba a la malaria. Según las fuentes de la época, debió de administrársela un curandero quechua en torno al año 1630, cuando sus propios médicos ya la habían desahuciado. Las mismas fuentes explican que, después de recuperarse, Enríquez de Ribera se dedicó a incentivar la producción de corteza de quina y concertó su distribución por Europa con la ayuda de los jesuitas, aunque algunos expertos de hoy atribuyen esto último a la iniciativa de Bernabé Cobo, un misionero de la misma orden. Sea como fuere, la historia de la condesa de

Chinchón era tan popular que, cuando Carlos Linneo puso nombre científico al género al que pertenece el árbol de la quina, lo llamó Cinchona. En España, el Perú y otras regiones hispanohablantes, lo más habitual era referirse al medicamento como «polvos de la condesa», en lugar de como corteza de jesuita.

Ironías de la vida: la quina se empezó a popularizar en las islas británicas poco después de la muerte de Oliver Cromwell y lo hizo, en parte, gracias a la restauración de la monarquía. En 1679 se corrió la voz de que el rey Carlos II había enfermado de malaria, como el difunto lord protector, y que luego se había recuperado gracias a la corteza milagrosa. Si Cromwell hubiera levantado la cabeza, se habría muerto de nuevo. Esta vez, de rabia.

JAMES BARRY, MÉDICO EXCEPCIONAL



Cuando la noticia se publicó, dejó en shock a la alta sociedad británica. James Barry era un desconocido para las clases populares, pero no entre los aristócratas y el estamento militar del Imperio. Llevaba casi cincuenta años ejerciendo como médico militar en destacamentos coloniales de medio mundo. Había estado destinado en Sudáfrica, Mauricio, las Antillas británicas, Canadá, Malta y Corfú. Había sido médico del Estado Mayor y había llegado a ser inspector general de hospitales, un puesto con rango de brigadier.

Tenía fama de malhumorado, bravucón y duelista, pero también de médico esforzado y sensible con los enfermos. Había hecho innumerables reformas sanitarias en las cantinas y en los hospitales militares y se había volcado en la mejora de las condiciones de vida de los desfavorecidos institucionalizados, especialmente los reclusos, los dementes y los leprosos. También había tenido éxito con las epidemias de cólera y su currículo como cirujano era brillante. En 1826 completó la primera cesárea con supervivencia de la madre y el hijo en toda la historia del Imperio británico. En la guerra de Crimea salvó la vida de un barco entero de soldados aquejados de unas fiebres desconocidas. Se contaba que el archiduque Maximiliano, antes de convertirse en emperador de México, le había regalado uno de sus anillos por haber sanado a un muchacho austríaco cuya muerte estaba prácticamente asegurada.

Y era una mujer. Eso revelaron los periódicos tres semanas después de su muerte, en julio de 1865. Por lo visto, lo había descubierto la criada encargada de asear su cadáver. El notición hizo correr ríos de tinta. Menos la verdad, se dijo de todo. Además de atribuirle toda clase de romances e hijos secretos, incluso se afirmó que su padre era el revolucionario venezolano Francisco de Miranda. Hasta Charles Dickens le dedicó unas páginas en *All the Year Round,* su famosa revista literaria, especulando sobre la verdadera identidad del doctor.

La historia de Barry sigue reapareciendo en la prensa a día de hoy. Ya no se le atribuyen idilios novelescos y paternidades fabulosas, pero rara vez se pone en duda el hecho sensacional: que fuese una mujer.

Hoy sabemos que James Barry nació en Cork, Irlanda, en torno a 1790, con el nombre de Margaret Ann Bulkley. Y que asumió la identidad masculina, con la complicidad de su familia, antes de alcanzar la adolescencia. Pero lo más probable es que no fuera una mujer, sino una persona intersexual. O hermafrodita, recurriendo al término de la época. Lo revela su médico personal en una carta descubierta años más tarde. Eso y que la criada, tras descubrir el secreto, había pretendido cobrarle por guardarlo. O extorsionarlo, por llamar a las cosas por su nombre. Como no lo consiguió, la sirvienta acudió a la prensa. Y como no era decoroso airear que alguien fuese hermafrodita, lo simplificó diciendo que el viejo médico militar había sido una mujer. El resto es historia. Falsa, pero historia.

EL DÍA SIN NOTICIAS

El 18 de abril de 1930, los oyentes del parte radiofónico de la BBC, que se emitía a las 20.45, recibieron una noticia inaudita: aquel día no había nada de lo que informar.

No habían tenido lugar acontecimientos lo suficientemente relevantes como para llenar el boletín de noticias vespertino, el único que se emitía en el Reino Unido. Las palabras del presentador fueron estas: «Buenas tardes. Hoy es Viernes Santo. No hay noticias». Se ofreció un concierto de piano durante los quince minutos que duraba habitualmente el segmento informativo y luego se volvió a la retransmisión en directo de Parsifal, una ópera de Wagner, que había sido interrumpida por el noticiario.

No fue una broma, ni un problema técnico, ni un oscuro intento de censurar la información sobre algún acontecimiento extraordinario. Sencillamente no hubo grandes sucesos en Gran Bretaña a lo largo de toda la jornada. Lo sabemos gracias a los periódicos de aquel día, que dan cuenta de un accidente de circulación, varias defunciones y un pequeño incendio, entre otras noticias de escaso interés a escala nacional. Y la BBC había emitido ya sus dos espacios diarios dedicados, respectivamente, a la previsión meteorológica y a la actualidad deportiva, así que los redactores de la emisora tampoco podían recurrir a esa clase de contenido. Su solución fue no poner solución.

En la actualidad, cuesta pensar que algo así pueda llegar a ocurrir en un espacio informativo. La mera idea de que no haya noticias reseñables resulta del todo incomprensible en la edad de los *smart phones* y las redes sociales. Pero las cosas eran muy distintas en la BBC de 1930. Tan distintas que solo le hace justicia una palabra acunada en la época: reithianismo. Se trata de una alusión a John Reith, director general de la corporación desde su nacionalización en 1926 hasta 1938, recordado por la determinación con la que aplicaba los principios que debían guiar, según él, la acción de la BBC: informar con imparcialidad y educar al pueblo británico. También podía entretener, pero su idea del entretenimiento era una ópera de Wagner. Lo que pasó el 18 de abril de 1930, para algunos expertos, fue puro reithianismo: nada de relleno, nada de trivialidad. Si no había noticias, no había noticias. Y punto final.

La ironía de la historia es que aquel día sí hubo noticias.

Más que noticias, un notición. Horas antes del famoso no informativo de la BBC, un grupo de revolucionarios independentistas indios protagonizaron un sonado levantamiento en Chittagong, la segunda ciudad más grande del moderno Bangladés, que entonces pertenecía a la provincia de Bengala, en la India británica. La operación fue clave en la historia de la independencia india. Y su líder, Surya Sen, todavía se cuenta entre los grandes héroes del país. Se dice que la idea de cortar las líneas telegráficas y de teléfono fue suya. Gracias a aquel sabotaje, los soldados británicos tardaron horas en descubrir lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Y los ciudadanos de la metrópoli, mientras tanto, pudieron disfrutar de Wagner.

CONTENIDOS DEL LIBRO

CAPÍTULO 1: ANALES ROCAMBOLESCOS
Un compendio desmesurado de sucesos apabullantes

Los bailarines compulsivos de Estrasburgo
Un guiso de cien anos
El peor marrón de la historia
Un edificio varado en tierra firme
Una familia en las antípodas
Catorce días en la autovía G110
Juicio (presencial) a un papa (muerto)
Diecisiete toneladas de gatos
La risa nuclear de Tanganica
La fiesta de Asurnasirpal
Renacuajos espaciales
Los príncipes enjaulados

CAPÍTULO 2: PRESENTE CONTINUO
Porque todo cambia para que no cambie nada

Un sex symbol llamado Franz Liszt
Pusilla Roma, ciudad de vacaciones
La virreina y los conspiranoicos
El atentado de los hermocópidas
Los hooligans bizantinos
La pirámide de Baldomera
Una space opera medieval
Las fake news del Siglo de Oro
El crac de Mansa Musa
Res volans ignota
La bala y el bulo
El emperador trans

CAPÍTULO 3: SAPERE AUDE
Anecdotario brevísimo sobre mentes audaces

La música generativa del siglo XVII
El matemático que quería detonar la Luna
Ana y los hombres
Una máquina para predecir la economía
Un fraile medieval que sonaba con automóviles
Una advertencia de treinta toneladas
El planeta que existió durante siete meses
La avaricia mató al silfio
Un funeral para viajeros del tiempo
La curiosa carrera de Mary la Tifoidea
Los emperadores paleontólogos
El Dédalo andaluz

CAPÍTULO 4: ORO PARECE
Tesoros, reliquias y riquezas

Un tesoro de cuatro dólares
La posesión más preciada de Ann Hodges
Un elefante blanco para Carlomagno
Plata de arcilla
Abejas y bitcoins
La estatua que cantaba
Un morisco en Nueva York
Un museo de 2500 años
Paul Newman y el Santo Grial
La valiosísima moneda sin valor
La epidemia de Juanas
Las exequias de una pierna

CAPÍTULO 5:
BIOGRAFÍAS EJEMPLARES
Memorias de prohombres y promujeres excepcionales

La esclava sultana
Los veintisiete de Arabel
La otra madre de Alejandro
El abogado de las ratas
James Barry, médico excepcional
El samurái negro
Un daltónico infalible
La gran vida de un hombre pequeñito
Everest y el Everest
Un héroe para Madrid
Cómo enviar a una sufragista por correo
La última vestal

CAPÍTULO 6:
LO PARANORMAL ES NORMAL
Encantamientos, transmutaciones y otros hechos cotidianos

Esperando a John Frum
Los vampiros de Medveđa
El Jesucristo griego
La maldición del último templario
Muerta en vida
El Gran Ruido
Darwin y la fiebre de los gigantes
El exorcismo de Nerón
El unicornio de Leibniz
El matrimonio de jabón
La profecía de Gala Placidia
El arte de no morir

CAPÍTULO 7:
HISTORIA ACCIDENTAL
Crónica verdadera de lo sumamente improbable

Una serie de catastróficas desdichas
Un culebrón feudal
La fuerza naval de Pepsi
Treinta y un goles a cero
Y va el burro y se come los higos
Los sucesivos naufragios de Violet Jessop
Cómo ganar (honradamente) la lotería
El día sin noticias
El ano sin sol
Dos mil quinientos años de soledad
La liebre providencial de Esparta
La malísima buena suerte de Tsutomu Yamaguchi

CAPÍTULO 8: POR LA UVE
Víctimas, verdugos, villanías y venganzas

La venganza de Nitocris
Tomoe Gozen y la honrosa muerte de Kiso Yoshinaka
El rey de Andorra
De jirafas y langostas
La traición de la Malinche
Los criptojudíos de Belmonte
Las momias ejemplares del rey de Nápoles
Una princesa en un campo de concentración
La leyenda negra de Njinga
Lo que se llega a hacer por amor
El reino imaginario de Orélie-Antoine de Tounens
Primer ministro a la brasa

CAPÍTULO 9: ELOGIO DEL BORRÓN
Deslices y tropiezos en la historia del arte

El día que casi perdimos la nariz del David
El mayor crimen literario de la historia
La aguja de la discordia
El rostro por el que zarparon cien barcos (pirata)
El otro Eróstrato
L'affaire des statuettes
Los dedos de Artemisia
El puente (a ninguna parte) de Leonardo
El extraño caso de El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde
El superpoder de san Ambrosio
La torre indultada de Pisa
Cuando Shakespeare plagió a Cervantes

CAPÍTULO 10: CARTOGRAFÍA INSÓLITA
Destinos increíbles y odiseas exorbitantes

Viaje y tornaviaje de Túpac Yupanqui
Una patria para apátridas
Quinientos días bajo tierra
Una Constantinopla en África
Angry Birds en Madagascar
Un estado al tercer intento
El japonés que desapareció
Un ferrocarril de vela
La escandalosa travesía del Lady Juliana
La odisea de Lillian Alling
El lugar al que apuntan las brújulas
Sola en la isla de los Demonios

Sobre el autor



RUBÉN DÍAZ CAVIEDES (Cantabria, 1985) es licenciado en Comunicación Audiovisual y periodista. Ha escrito para varios medios de comunicación, incluyendo *Jot Down* y *El Confi dencial,* y ha participado en varios libros sobre divulgación histórica y cultural. *Historiones de la historia* es su primer volumen en solitario.



HISTORIONES DE LA HISTORIA
Rubén Díaz Caviedes
Geoplaneta, 2025
11,5 x 18 cm.
296 páginas
Rústica c/ solapas
PVP c/IVA: 19,95 €
A la venta desde el 26 de marzo de 2025

geoPlaneta

Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Geoplaneta/ Lonely Planet

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es